

CROSS, Robert D.: *The Emergence of Liberal Catholicism in America*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1958, 328 págs.

En los últimos años del pasado siglo, los Estados Unidos de Norteamérica fueron escenario del afianzamiento del Catolicismo en su territorio. En 1889 había nueve millones de católicos, en claro contraste con el escaso número existente en el siglo anterior. Población numerosa con cultura propia chocó, en muchos aspectos, con la cultura americana. Este impacto se sintió en el seno mismo de la Iglesia. Aun existiendo un fundamental consenso entre todos los católicos, un considerable número de costumbres católicas tradicionales fueron atacadas por un grupo de aquellos. Ciertos miembros del clero y algunos seculares se afanaron en mejorar las relaciones entre la cultura americana y la específica cultura católica. Robert D. Cross, doctor en Historia de la Civilización Americana por la Universidad de Harvard, se propone estudiar a este grupo de católicos liberales en su tarea de adaptación a un nuevo ambiente.

Desde su organización en el siglo XVIII, la Iglesia había encontrado grandes dificultades en los Estados Unidos. El ambiente socio-cultural no era el más propicio para un pujante desarrollo del catolicismo: una clara mayoría protestante veía con recelo cualquiera de sus empresas. Recelo que era correspondido con igual desconfianza por parte de la Iglesia. No obstante, ya a finales del siglo XIX, tanto los unos como los otros cedieron en sus prejuicios respectivos. Los protestantes interesados más en las obras que en las creencias, los empresarios necesitados de mano de obra, los políticos buscando soporte electoral, todos ellos empezaron progresivamente a encontrar muchas cosas valiosas en el catolicismo. Al mismo tiempo, un gran número de católicos comenzaron a percibir las virtudes innegables del modo de vida americano.

Con este esquema mental R. D. Cross pergeña su libro. En el primer capítulo, expone las distintas corrientes del catolicismo europeo en el siglo XIX. En cuanto la Iglesia, dice, pretende su propagación universal, le es imposible eludir el trato con las instituciones y creencias de aquellos que están fuera de su seno. Aunque todos los católicos están de acuerdo en considerar a la Iglesia protegida especialmente por Cristo en su tarea evangelizadora, no obstante, hay quienes, al entrar en contacto con culturas ajenas, lo hacen con gran precaución, mientras que hay otros que lo hacen con suma confianza. Estos últimos hacen hincapié en la posibilidad de la conversión de una cultura, que, con todos sus fallos, es redimible. Aquellos, por el contrario, resaltan la necesidad de defender a la Iglesia de los ataques de una cultura esencialmente hostil. En la Europa del siglo XIX se ven claramente estas dos perspectivas distintas: católicos libera-

les, de una parte, y católicos conservadores, de otra, conciben diferentemente su catolicismo.

En el capítulo segundo, prosigue el análisis de ambas tendencias en el marco concreto de los Estados Unidos. Un gran número de católicos, ultramontanos en espíritu, eran abiertamente hostiles a América y a los americanos. Recelosos de la mayoría protestante, suspicaces ante las empresas gubernamentales, enemigos del espíritu progresivista de la época, estos católicos se opusieron a toda innovación que no viniera a fortalecer la posición de la Iglesia. Su catolicismo era símbolo de su separación y alejamiento de la cultura del país en que vivían. Por el contrario, otro núcleo importante de católicos estaba convencido de que la Iglesia debía comportarse en América de manera diversa que en otros países europeos. En lugar de defender apasionadamente y sin someter a crítica todo lo hecho en el pasado en nombre de la Iglesia, creían que se debía discriminar entre lo meramente católico. En suma, sostenían que así como ellos podían redimir la cultura americana, del mismo modo ésta podía enseñar mucho a los católicos sobre el lado humano de su religión.

En el capítulo siguiente, analiza las dos tendencias del catolicismo americano de últimos del siglo pasado en su relación con el protestantismo de su misma época. Según afirma Cross, en ningún punto era mayor la disensión entre liberales y conservadores que en este concreto de la postura a adoptar respecto de los protestantes. El católico liberal, si bien insistía en que la verdad total sólo puede encontrarse en la Iglesia Católica, admitía de buen grado que los no católicos poseen verdades parciales, ya sea consciente o inconscientemente, y que estas parcelas de verdad podían ser un camino excelente para la plena conversión. El católico conservador, contrariamente, estaba convencido de que los que no profesaban la fe católica poseían muy poca verdades religiosas, no respetaban debidamente lo sobrenatural y, además, estaban dispuestos a atacar a la Iglesia en cualquier momento y terreno.

El capítulo cuarto hace referencia al problema de la relaciones del catolicismo americano con el Estado. También en este punto los católicos, liberales o conservadores, de la pasada centuria disientan. Estos últimos sostenían que, si bien el Estado moderno no era la total encarnación del anticristo, estaba inficionado de tal manera por ideas no cristianas, que la Iglesia y el Estado mantenían ahora una lucha a muerte. Basando sus argumentos en condenación expresa, contenida en el Syllabus, de todo intento de separación de Iglesia y Estado, manifestaban su descontento por la situación de la Iglesia en la nación americana. Los liberales en cambio, se enorgullecían de las relaciones entre Iglesia y Estado americanos. Sinceramente creían que una conexión más íntima entre ambos sería perjudicial para la religión, al comprometer sus intereses en aras del capricho político.

A continuación, R. D. Cross examina la diferente postura de ambos sectores ante la democracia americana. Los partidarios de la for-

una democrática de gobierno exigían de todo residente estadounidense un patriotismo total, sin reserva alguna, con olvido pleno de nacionalidades de origen. En este aspecto, los católicos liberales respondieron sin ambages a lo que de ellos se esperaba: todos se empeñaron en mostrar cómo, a pesar de las diferencias en procedencia, el católico americano era patriótico hasta el tuétano. Para el liberal, la fidelidad a una nación extranjera era, desde luego, condenable. Los conservadores, por el contrario, pretendían dividir la jerarquía eclesiástica por grupos nacionales: inglés, irlandés, francés, belga y alemán. Estimaban que la americanización de los inmigrantes, con el consiguiente sacrificio de idioma y costumbres, traería como consecuencia numerosas defecciones del catolicismo.

En el capítulo sexto, el autor investiga la diferente actitud del católico liberal y del conservador respecto a la situación social americana. El conservador recomienda, ante las dificultades sociales, una devota pasividad. El Arzobispo James Bayley, en 1876, afirmaba que la pobreza permite practicar las virtudes cristianas más necesarias: la virtud de la caridad por parte de los ricos, y la paciencia y resignación, por parte del pobre. Los liberales, en cambio, trabajaron enérgicamente por crear una nueva actitud hacia la caridad, los derechos de los trabajadores, las obligaciones del propietario y la intemperancia.

El problema de las escuelas es tratado en el capítulo siguiente. Los ultramontanos desconfiaban abiertamente de los beneficios que pudiera reportar la educación en escuelas públicas. Estimaban que la ignorancia, aunque en sí misma un mal, no pocas veces salvaba a los hombres de graves peligros. A la comunidad le bastaban unos pocos hombres ilustrados. Por el contrario, los liberales sostenían que el sufragio universal exigía la educación universal, y que solamente el virtuoso y el ilustrado podía mantener adecuadamente las instituciones políticas y religiosas, que garantizaban la libertad e igualdad de derechos.

El catolicismo americano discordaba igualmente en la cuestión de la importancia de la vida intelectual. Para el conservador, la búsqueda intelectual no llevaba consigo ninguna virtud especial. Era mucho más científico y deseable que la mayor cantidad de conocimiento posible proviniera de las decisiones infalibles de la Iglesia. Los liberales, en cambio, afirmaban que el aislamiento del católico de las corrientes contemporáneas de pensamiento no sólo no era posible, sino que no era deseable: la búsqueda intelectual no perjudicaría nunca a la Iglesia.

El capítulo noveno hace referencia a las divergentes tendencias de liberales y conservadores respecto al problema de la jerarquía. Los liberales alabaron de tal manera la libertad de acción y el espíritu de empresa que en una época en que la mayoría de los católicos resaltaban las virtudes de la obediencia pasiva, fueron tachados en Europa de heréticos.

El autor dedica el noveno capítulo a examinar la respuesta del catolicismo europeo a los desenvolvimientos del mismo en Norteamérica. La postura europea y, particularmente, la italiana respecto al catolicismo americano pasó por diversas alternativas, yendo de la franca aceptación a la clara repulsa. Sin embargo, el movimiento americanista llegó a enraizar de tal manera en determinados sectores de católicos, que ni la caída en desfavor, fué lo suficientemente fuerte para hacerle desaparecer.

En el último capítulo, R. D. Cross hace una breve exposición de la historia del catolicismo americano en lo que va de siglo XX, tratando de encontrar la secuela actual de las tendencias discordantes de liberales y conservadores del siglo XIX.

J. C.

EWING, A. C.: *The Idealist Tradition*. The Free Press, Glencoe, Illinois & The Falcon's Wing Press, 1957, 369 págs.

«La tradición idealista» es el primero de una serie de libros que pretenden poner al alcance del público en general algunas de las obras de mayor interés en el ámbito de la Filosofía desde distintos puntos de vista. Ahora bien, siguen estos manuales un criterio que constituye a nuestro juicio un acierto metodológico y didáctico. Podríamos llamar a este criterio «de antología por tendencias». Este volumen que comentamos, por ejemplo, recoge la tradición idealista desde Berkeley. No hay duda de que de esta manera la antología pierde el defecto básico de su dispersión y generalidad ya que la temática, y por consiguiente las ideas, se repiten y reelaboran en la medida en la que se recogen y exponen los puntos de vista de los distintos filósofos. El autor del Prefacio, Paul Edwards, sostiene que esta clase de libros expresan un «movimiento» y es cierto que resulta así, al menos considerando este primer volumen en cuanto en la selección antológica, sin rebasar los límites del idealismo, incluye temas que no pertenecen de modo estricto a la metafísica, tales como el tema estético, la moralidad, la lógica, etc.

La selección comienza con unos capítulos de la obra de Berkeley, el editor ha tenido el buen acierto de fijarse en la obra básica «Principles of Human Knowledge», y no recurrir a la obra «Tres diálogos entre Hylas y Philonous», obra de divulgación en la que los argumentos están en exceso simplificados. La selección desde Berkeley, plantea el problema de la legitimidad de incluir en una antología sobre el idealismo moderno lo que Kant llamaba el idealismo absoluto. En todo caso el autor parece que incluyendo a Berkeley quiere puntualizar que entiende por idealismo toda interpretación de la realidad en la que ésta se identifica con las ideas tanto en el plano lógico como en el ontológico. Es incuestionable que dando a la expresión idealismo un contenido tan amplio, la inclusión de Berkeley se